

PRISIONERO DEL CÁUCASO

El Cáucaso, al menos para los rusos, es mucho más que una cadena montañosa. Es un escenario literario, un paisaje exótico, una encrucijada cultural y política, un territorio fronterizo poblado por bárbaros, fieras y seres fantásticos. Las razones que me han llevado a visitar el Cáucaso georgiano en dos ocasiones tienen poco o nada que ver con la literatura, mucho menos con la poesía. En realidad, han sido bastante más prosaicas. Sin embargo, ningún escritor ha exagerado lo más mínimo al referirse a la magia o fascinación que desprenden sus montañas, y a la generosa hospitalidad de quienes las habitan.

TEXTO Y FOTOS



Iñigo Jauregui Ezquibela
(Bilbao, 1962)

Montañero en activo desde hace casi cinco décadas. Esta pasión, sumada a su vocación viajera y aderezada de curiosidad, le ha llevado a visitar unos cuantos países y algunos de los principales volcanes y cordilleras del planeta (Atlas, Alpes, Cáucaso, Andes, Himalaya, etc.).



La primera referencia al Cáucaso en las letras rusas se la debemos a Pushkin. En 1821, tras un periodo de exilio en Pyatigorsk, finalizó un poema titulado *El prisionero del Cáucaso*. La difusión alcanzada por esta obra, en la que un oficial zarista es liberado de su cautiverio por una doncella indígena, provocó que otros autores rusos (Tolstoi, Lermontov, Bitov) y no rusos (Xavier de Maistre) intentasen emular su éxito. Para hacerlo, resolvieron mantener el mismo título cambiando ligeramente alguno de los detalles de la historia original.

Si hacemos un poco de historia es fácil descubrir que, desde el punto de vista geoestraté-

Campamento a orillas del lago Okhoje



gico, el Cáucaso fue uno de los puntos calientes del planeta durante la mayor parte del siglo XIX debido a los enfrentamientos generados por las potencias que se disputaban la región: Persia, Rusia y Turquía. Esta conflictividad desembocó en todo tipo de episodios bélicos de mayor o menor intensidad. Entre ellos cabe destacar: la rebelión general de las tribus del Cáucaso Norte, lideradas por el Imam Shamil; las guerras ruso-persas de 1804-13 y 1827-28 o las campañas rusas en el este de Turquía. Estas actividades militares y las experiencias de los soldados zaristas acantonados a uno y otro lado de la cordillera alimentaron o inspiraron la producción de unas cuantas obras de incuestionable valor histórico y literario entre las que destacan: *Un héroe de nuestro tiempo*, de Lermontov (1840), o *Los cosacos* (1863) y *Hadjí Murad* (1912) de Lev Tolstoi.

Los textos que acabamos de mencionar no se reducen a ser meros ejercicios de estilo. A lo largo de sus páginas encontramos la descripción de regiones inexploradas habitadas por salvajes que muestran un coraje suicida pero también la voluntad indomable de unas minorías que se resisten a ser sometidas, que guerrearán sin esperanza contra un poder aún más bárbaro y enormemente eficaz que no duda en arrasar pueblos hasta sus cimientos, talar bosques o deportar y asesinar miles de civiles inocentes. Nada tiene de extraño, por tanto, que el descubrimiento y la conquista del Cáucaso contribuyesen, al menos en el ámbito ruso, a la aparición de una nueva sensibilidad o de un nuevo modelo de héroe en el que la aventura, la tragedia, la rebeldía contra el orden establecido no estaban reñidas con la admiración por el tipo de vida y los valores defendidos por los montañeses.

28 DE JULIO

El mes toca a su fin y aquí estoy de nuevo, en una cabaña de leñadores perdida en medio de un bosque georgiano. Ni yo mismo puedo creer que haya sido capaz de llegar hasta aquí. Esta mañana estaba en Tbilisi, rodeado de gente y ruido en la estación de autobuses de Didube y ahora no tengo otra compañía que el fuego que acabo de encender para combatir el frío y, sobre todo, la oscuridad que se cierne sobre esta jungla impenetrable. Ha sido un día redondo. No solamente he tenido suerte con las *marshrutki* (furgonetas colectivas) y los tres trayectos que, pasando por Zugdidi, me han llevado a Mukhuri, la aldea en la que termina el asfalto. Además, me he librado del tormentón de la tarde y, por si esto fuera poco,



un equipo de leñadores ha detenido su camión para invitarme a subir a la caja mientras caminaba por la orilla derecha del río Khobi o Khobistkali.

El resto es fácil de resumir. Tras abandonar el camión en una bifurcación y recorrer durante unas tres horas la pista que zigzaguea pendiente arriba, he alcanzado un claro, una pila de troncos y los restos abandonados de un *kamaz*. El primer pensamiento, introducirme en la cabina para dormir, ha sido abandonado al entrever el cobertizo de troncos que se levantaba un poco más arriba. ¡Qué más se puede pedir! La noche parece que va a ser fría y, sobre todo, húmeda. Hay agua por todas partes y los abetos que pueblan este bosque tan cerrado, silencioso y lóbrego dan un poco de miedo. Mañana será otro día.

29 DE JULIO

Antes de continuar, debo aclarar que el proyecto que me ha traído hasta Georgia por segunda vez es fácil de resumir y difícil de ejecutar. La primera parte del mismo consiste en llegar a Mestia, la capital de Svaneti, caminando y en solitario. Para lograrlo, debo atravesar las montañas Egrisi, en las que estoy ahora, hasta una aldea llamada Zeda Vedi y, tras girar al este, dirigirme al norte cruzando las estribaciones del pico Layla (Lahili), el único cuatromil que se interpone entre las llanuras de Imereti y Samegrelo y el eje principal del Cáucaso. La segunda parte del plan es algo menos complicada y su objeti-



Ascendiendo al paso de Okhoje (2750 m)

vo es recorrer las faldas meridionales de la cordillera cubriendo la distancia que separa Mestia de las fuentes del Rioni y Ghebi. En tiempo, calculo que serán alrededor de dos semanas.

Amanece y no hay ni una nube en el cielo. La selva insondable de ayer no resulta tan amenazadora a la luz del día. Desayuno, recojo y me pongo en ruta a eso de las siete. El camino que sigo es prolongación del de ayer y no presenta dificultades. Rampa a rampa continuo ganando altura hasta que el ruido de un motor me devuelve a la realidad. Dado el estado de la pista, lo más probable es que se trate de otro camión. Así es. Al ponerse a mi lado, se detiene y su conductor hace gestos para que me una al pasaje. El grupo lo forman dos excursionistas, dos cazadores, tres leñadores y el chófer. Remontamos la ladera hasta alcanzar las inmediaciones de un collado en el que el bosque desaparece. Acabamos de rebasar la cota 2000 y la cabaña de Natipuru está a la vista. Toca apearse y caminar. Comprobamos que su interior está ocupado por dos israelíes y un guía local. Inmediatamente nos invitan a

desayunar antes de emprender la marcha. Aunque todos accedemos gustosamente, el desayuno termina, como no podía ser de otro modo, convertido en un *supra* con sus correspondientes brindis de *chacha* (aguardiente). Tras una hora de demora arrancamos por fin, formando un grupo compuesto por ocho personas y un caballo.

El sendero está perfectamente trazado y bordea los contrafuertes de una montaña cuya cumbre permanece fuera de la vista. Arbustos, pastos de altura, bosquetes de abedules, rododendros enanos y arroyos van sucediéndose hasta que un corral y una chabola cubierta de plásticos nos advierten de la presencia humana. Son pastores, padre e hijo, y no disponen de más de 30 ó 40 vacas. Hora de reagruparse. Espera que te espera, al final desespero y decido proseguir en solitario hasta un collado que se recorta contra el cielo. Detrás de él, aparece un valle glacial suspendido, las primeras trazas de nieve y, al fondo, el paso de Okhoje. Me dirijo hacia allí pero no lo hago solo sino en compañía de los israelíes que, al no cargar mochila, van muy ligeros.

Sorprendentemente, la altitud de este puerto, 2750 metros, es menor que la de los que crucé el pasado año (*Pyrenaica*, 269), sin embargo, la nieve que encuentro en sus vertientes es muchísimo más abundante. La explicación más probable es que la proximidad del Mar Negro favorezca el incremento del volumen y la frecuencia de las precipitaciones. Después de algún que otro resbalón, franqueo el obstáculo, descendo a la carrera por el nevero y de repente, como salido de la nada... el lago Okhoje y varias decenas de tiendas distribuidas a lo largo de sus orillas. Es media tarde. Las aguas del ibón son de un azul imposible y ocupan el fondo de una cubeta glaciar rodeada por pináculos de granito gris. Su único lado libre, orientado al noreste y abierto sobre el vacío, sirve de desagüe y de balcón natural.

Los campistas son miembros de un club de montaña de la capital y su número rebasa el centenar. Su humor es excelente y parecen realmente amigables pero son tantos que no es sencillo hallar espacio para acampar. Plan to la tienda donde puedo, preparo la cena y, al caer la noche, me acuesto pensando en el camino que tengo por delante.

30 DE JULIO

Al fin ha cesado la tormenta. La tienda ha dejado de sacudirse espasmódicamente y ya no amenaza con venirse abajo. Estoy agotado. Han sido cerca de diez horas de esfuerzo para llegar a un lugar del que no parece fácil descender. Viendo lo que se me venía encima, he instalado la tienda a la carrera, muy cerca de un paso sin nombre que ronda los 2600 metros. Las cumbres que se alzan enfrente es posible que sean las del Didghali y Lakumurash Dudi. Apenas rebasan los 3000 metros pero su verticalidad y la nieve que cubre sus paredes las hace parecer amenazadoras y muchísimo más altas de lo que son. Antes de dormir, busco papel y bolígrafo e intento ordenar los recuerdos del día.

La primera mitad de la jornada ha transcurrido sin sobresaltos y en soledad. Al terminar el desayuno, he desmontado la tienda, saludado a mis vecinos y partido en dirección opuesta al lugar por el que ayer llegué. La pendiente inicial, salpicada de bloques de granito e iluminada por los primeros rayos de sol, ha dado paso a un valle nevado en el que todavía eran visibles las huellas de otros excursionistas. Siguiéndolas, he ganado terreno y comprobado que cada vez estaba más dura y peligrosa. El tramo más comprometido ha sido el último, el

inmediatamente anterior al paso de Toba. Un traspié o un resbalón y... más vale no pensarlo. Los mapas del ejército soviético le atribuyen una altitud de 2900 metros y no deben andar muy desencaminados porque la del lago Tobavarchkhili, situado a la vuelta de un recodo, es de 2643.

Toca bajar, girar a la derecha en dirección norte y remontar una vereda bien marcada. La sorpresa es mayúscula cuando, tras ejecutar estas maniobras, detecto que enfrente, enmarcado por un cielo sin nubes, y a unos 70 kilómetros de distancia, se alzan el techo de Europa, las cumbres gemelas del Elbruz, y su corte de cuatromiles. Me detengo lo justo para tomar aliento, hacer unas cuantas fotos y examinar la ruta que, por cierto, vuelve a discurrir por el valle del Khobistkali. Para acceder a su cabecera, es preciso perder 700 metros y sortejar dos pequeños ibones. El primero, el Didi Ghele, permanece helado y el segundo, con forma de corazón, recibe el nombre de Kailashi. A partir de este punto, y para evitar los despeñaderos, hay que arrimarse a los farallones de la derecha y buscar la seguridad del sendero que conduce al fondo de la depresión.

Las informaciones que circulan por Internet señalan que los pastizales de este valle eran frecuentados por los pastores. Ellos se en-

cargaban de mantener abiertos los caminos, reconstruir los puentes y mantener alejadas las alimañas. Hoy está vacío. La consecuencia es que las hierbas, los arbustos espinosos y los matorrales han proliferado sin control cubriendo y ocultando cualquier traza de camino. Si a eso le añadimos que las lluvias y nevadas en la mitad occidental de Georgia son muchísimo más abundantes que en la oriental... el resultado es una selva tupida e impracticable. Nada se puede hacer para salir o librarse de este laberinto vegetal. La mejor solución es evitarlo pero, si no es posible, no queda otra que cargarse de paciencia y arañazos, rezar para que no llueva y negociar la ruta sorteando las zonas más frondosas y enmarañadas.

Metro a metro atravieso la espesura. A veces, casualmente, doy con una zona más despejada o con una trinchera abierta por los animales que buscan el agua del río. Otras, pierdo el tiempo y los nervios tratando de evitar lo inevitable. Cerca del mediodía, tomo un desvío a la izquierda que conduce a un valle lateral. Es hora de comer y devoro, casi por obligación, un paquete de fideos chinos nada apetecibles. El cielo comienza a cubrirse pero sigo a lo mío intentando averiguar dónde está el Natakhtish Dudi, el paso por el que se accede a Zeda

Las cumbres gemelas del Elbruz desde las inmediaciones del paso Tobavarchkhili



Vedi. Después de unos cuantos titubeos y un ensayo frustrado, opto por seguir el cauce del arroyo y el filo que asciende hasta perderse entre nubes. La subida es penosa y extenuante pero al fin consigo asomarme a la vertiente opuesta mientras la niebla se disipa. No tengo ni idea de dónde me encuentro, por hoy ya he tenido suficiente. Luego vendrán la tormenta, el granizo y las confesiones al diario.

31 DE JULIO

Es temprano y he dormido regular. Tengo por delante un desafío que, en otras circunstancias, podría sonar ridículo. Necesito bajar al valle pero no sé cómo hacerlo. Ayer, además de tener verdaderos problemas para localizar una fuente, pude echar un vistazo a los alrededores y a lo que me aguarda si descendo directamente: un bosque de coníferas, barrancos y una vegetación de cuento de terror.

No tengo ni confianza ni garantías de que la vía elegida me lleve a la ribera del río que debe correr por el fondo del cañón, pero... aquí no puedo quedarme. Sin perder altura,

comienzo a flanquear y bordear las faldas del Urashi, la montaña situada a la derecha. A medida que me aproximo a las paredes rocosas que cierran el circo, las cosas se complican e inclinan. No hay casi senderos, si los hay, no son obra humana. Tras varios titubeos, distingo lo que aparenta ser una fuente o un abrevadero. La excavación se halla en un hombro, unos metros por encima de donde acaba el bosque. Allá me encamino. El descenso, la pendiente, el peso de la mochila y la escala de este lugar son brutales. No es fácil sortear estos toboganes que, en ocasiones alcanzan los 45° de inclinación, tapizados de hierba, flores, rosales silvestres y quién sabe qué otras especies.

El pozo es, efectivamente, obra del hombre pero... no hay rastro del sendero que su autor utilizó para llegar aquí. Hace calor, estoy sediento y sofocado y busco la sombra de los abetos antes de tomar una decisión. ¿Qué debo hacer, cómo resuelvo esta situación minimizando el riesgo? Hay pocas alternativas. Finalmente, me lanzo a tumba abierta bosque abajo sin pensar en la posibilidad de que un acantilado o un barranco detenga en seco mi marcha.

Bajo a trompicones evitando árboles, ramas y troncos hasta el surco abierto por un torrente que, al menos, está libre de obstáculos. Cuando la pendiente y el agua lo vuelven intransitable, me hago a un lado y pegándome al suelo para no rodar ladera abajo, alcanzo suelo firme. La pendiente cede y hasta descubro la existencia de una pista antiquísima que, por el estado en que se encuentra, debió abrirse durante el período soviético. Su aparición providencial me permite ganar las orillas del Tkeishi. Asunto resuelto. ¡Qué equivocado estoy!

Agua, un rato a la sombra, un bocado y reemprendo la caminata imaginando que el terreno que tengo que cubrir hasta Zeda Vedi o sus alrededores será mucho más fácil. Nada más lejos de la realidad. La pista, o lo que resta de ella, sigue ahí, pero la humedad y el calor han favorecido la proliferación de ortigas, helechos, perejil o acanto gigante (*Heracleum mantegazzianum*) y un abundante surtido de zarzas. Imposible ver dónde pongo los pies o las trampas que se ocultan a ras de tierra. Me siento extenuado e impotente. De repente, de la espesura, emerge un grupo formado por cinco georgianos, tres chicos y dos chicas,

Panorámica de la cabecera del valle del Khobistkali





Vista general del lago Tobavarchkhili

que va camino del lago Lakumurash. Es difícil saber quién está más sorprendido. Afirman que estoy muy cerca del final. Vadeo un río, recorro la orilla derecha, vadeo otro y, en la confluencia de ambos, doy con una pista apta para vehículos que debe ser la utilizada por los leñadores y los vecinos de Zeda Vedi para ir y venir de Khaishi. Se acabó el tormento.

Llueve, jarrea y, finalmente, diluvia. Levanto la tienda en el único espacio decente que hay por los alrededores: una terraza sobre el cauce. Oscurece, me introduzco en el saco tras desprenderme de los pantalones cortos, se hace el silencio. Un hormigueo, un picor insoportable me recorre las piernas e impide dormir. Deben ser las ortigas... del Cáucaso. ¿Qué si no? Ya se me pasará...

1 DE AGOSTO

No, no ha sido así. Toda la noche en vela. Con el amanecer, salgo del encierro y examino mis piernas. ¡Menuda escabechina! Tengo las espinillas ensangrentadas. Las desolladuras comienzan en el empeine y acaban debajo de la rodilla.

No tiene sentido continuar así, con las piernas en ese estado y una infección en ciernes. Decido corregir el rumbo y encaminarme hacia Vedi Bajo (Kveda) y Khaishi siguiendo la margen izquierda del Khaishura. Nada delata la presencia humana salvo los restos abandonados de una explotación maderera y la propia pista.

Aguas abajo y unas cuatro horas más tarde, diviso las primeras casas de Kveda Vedi y, minutos después, las de Khaishi. Ahora sólo falta encontrar una *marshrutka* con destino a Mestia, el pueblo en el que espero reposar, curar y observar la evolución de las heridas.

BIBLIOGRAFÍA

- ANDERSON, T. (2003): *Bread and Ashes. A walk through the Mountains of Georgia*, Jonathan Cape, London.
- BLANCH, L. (1984): *The sabres of paradise*, Carroll & Graf Publishers, New York.
- BULLOUGH, O. (2010): *Let our fame be great*, Penguin Books Ltd, London.
- FARSON, N. (1988): *Caucasian journey*, Penguin Books, London.
- GRIFFIN, N. (2001): *Mountain men and holy wars*, Review, London.

- NOBLE, J.; KOHN, M. & SYSTEMANS, D. (2012): *Georgia, Armenia & Azerbaijan*, Lonely Planet Publications, London.
- SALKELD, A. & BERMÚDEZ, J.L. (1993): *On the edge of Europe: Mountaineering in the Caucasus*, Hodder & Stoughton, London.

PÁGINAS WEB

- georgiantravelguide.com
georgiantour.com
caucasus-trekking.com
archives.gov.ge/en/kartografia
trascaucasiantrail.org

CARTOGRAFÍA

Junto a los mapas militares soviéticos (gigapan.com; maps.vlasenko.net) existen otras alternativas tan buenas o mejores como las de en.mapy.cz y mygeorgia.ge.

La editorial **GEOLAND** (geoland.ge) elabora y vende mapas a escala 1: 50000 que cubren la totalidad del Cáucaso georgiano. Los correspondientes a la zona visitada son:

TREKKING MAP 7: Oni, Resort Utsera, Resort Ghebi

T. MAP 9: Mestia, Ushguli, Lashkheti

T. MAP 11: Mukhuri, Tobavarchkhili; Khaishi